

EL EXTRAÑO CASO DE MONSIEUR MIOU MIOU

Joseph L. González

Un recuento basado en una anécdota de Daryl White

Cada vez que Rosendo regresaba a su casa al final del callejón sin salida odiaba verse obligado a cruzar aquel pequeño tramo desde el camino de entrada hasta la puerta de su cocina. Lo que hacía el cruce particularmente pesado era la presencia del Monsieur Miou Miou entronado en el portal delantero de su vecina. El gato blanco persa, con su expresión despectiva fijada en su cara ñata, nunca dejaba de erizarse, sisear y enseñarle los colmillos al verlo. Era un odio mutuo. Aunque Rosendo adoraba los animales, no soportaba ese gato mimado y malcriado. Petrona Anderson, su vecina y dueña de aquella fiera albina, adoraba su príncipe felino. Ella le puso el nombre de Monsieur Miou Miou sin saber una gota de francés. Cuando lo llamaba siempre pronunciaba ese título como “Monsuer” en esa manera ridícula de una persona que quiere aparentar lo que no es. Creía que, por haberse casado con el único americano del pueblo, esa asociación conyugal le daba el derecho de pasar por persona de alcurnia, y la autorización para regañar a sus vecinos si ellos no se esforzaban en llegar a su pretencioso nivel. Ella era la vecina infernal, no solo por el gato, sino porque lo emboscaba diariamente con una nueva queja. Cuando no era que debía recortar el césped del patio porque parecía una selva, era entonces que debía pintar la casa porque era la vergüenza del vecindario o porque sus perros ladraban incesantemente, cosa que dejaba a Monsieur Miou Miou por horas en un pleno ataque de nervios. Rosendo toleraba su arrogancia porque cuando su esposa Dorila agonizaba con el cáncer uterino, Petrona sobrepasó su papel de vecina y lo ayudó a atenderla, atención que él nunca dejó de agradecerle.

Aunque Rosendo tratara de escabullirse en puntillas hacia su puerta, el siseo del gato enseguida alarmaba a Petrona, quien salía a detenerlo con un nuevo refunfuño. Hoy no era la excepción. Al oír el alboroto de Miou Miou, Petrona salió de su casa corriendo como una fiera en pos de su presa. Rosendo logró entrar por la puerta antes que ella lo viera pero fue en vano. En segundos oyó los golpes en la puerta y los gritos chillones de su vecina.

—¡Rosendo! ¡Rosendo!

Rosendo se resignó a sufrir las quejas de Petrona y abrió. Inmediatamente se enfrentó con la cara de su vecina, tan enrojecida como el color de su cabellera mal teñida. —¿Qué pasó, Petrona?—le preguntó pacientemente.

—¡Tienes que amarrar a esos monstruos! ¡Esos perros salvajes quieren matar a mi Miou Miou! —Rosendo juraba que Petrona tenía algo de dragón. Sus ojos ardían como brasas. De la boca le escapaba un aliento que podría incinerar a cualquiera que se le acercara. Un día de estos se imaginaba que caería redonda de una apoplejía cerebral.

—Lo dudo mucho, Petrona —respondió con calma—. Ellos son juguetones, pero son mansos.

—Mansos, ¡eh! —escupió Petrona—. Escavaron un hueco a la orilla de la cerca para meterse en mi patio. Si yo no los espanto, habrían comido a mi pobre Miou Miou. ¡Vete a ver! —insistió.

—Más tarde, Petrona. Estoy cansado.

—¡Más tarde no! Tienes que rellenar ese hueco ahora, antes que esas bestias se metan en mi patio.

—Está bien, Petrona. —Rosendo se dejó vencer—. Ahora voy.

Rosendo cerró la puerta y se dirigió hacia el pequeño salón en el fondo de la casa donde Dorila solía atender a sus clientas de peluquería y manicurista. Él había mantenido todos los dispositivos de su trabajo tal como ella los dejó. Nunca había encontrado el ánimo para regarlos o desecharlos. Por eso tomó la decisión de instalar la televisión en la pequeña sala. Por las tardes

cuando se sentaba a disfrutar de los deportes televisados o alguna película de horror —sus favoritas—, observaba de reojo aquellos equipos de belleza y pretendía que su difunta esposa todavía lo acompañaba.

Al final del salón Boris y Bela, la pareja reproductora de Rottweilers que ellos habían criado desde cachorros, ladraban tirándose con entusiasmo contra los cristales de las puertas francesas. En el momento que las abrió, los Rottweilers saltaron sobre él, casi tumbándolo, lamiéndole la cara con gran afecto. Rosendo los abrazó calmándolos como un padre a sus hijos hiperactivos. Para él eran sus hijos. Desde que los jimaguas se mudaron a Bauta para hacer sus vidas, los Rottweilers aportaban un calor familiar que le ayudaba a mitigar la soledad de aquella casa llena de silencio.

Después de dejar a Boris y Bela entretenidos con la comida, Rosendo agarró la pala del cobertizo y, sin mucho apuro, atravesó el patio hacia la cerca donde Petrona lo esperaba impacientemente al otro lado.

—¡Mira ahí! —La vecina apuntaba el dedo índice derecho con el puño cerrado como si fuera una pistola indicando el lugar donde se había cometido el crimen canino. Petrona tenía razón. En el terreno de la valla de tela metálica había un hueco que con un poco más de esfuerzo pudiera haber sido suficientemente profundo para que los perros pudieran pasarse al otro patio. Rosendo concedió la culpabilidad de sus mascotas. Sin deseos de mirar la expresión de auto-satisfacción que cubría el rostro de la dragona, no demoró en rellenar el hoyo y apretar la tierra con el tacón de sus botas.

—¡Tienes que amarrarlos! Son un peligro —insistió la vecina. Rosendo no le contestó. Conociendo muy bien a Monsieur Miou Miou, él estaba seguro de que el gato había instigado a la travesura de Boris y Bela. Guardó la pala y volvió al salón de belleza, donde se sentó en su butaca lounge a tomarse una cerveza fría mientras miraba el juego de pelota en la televisión. Boris y Bela, satisfechos de haber vencido el hambre y sin recibir

reproche por el daño que causaron, se tiraron a los pies de su amo a roncar un rato. La paz reinó por el momento.

Fue el viernes de la semana siguiente que las cosas llegaron a su momento álgido. Ese día Rosendo regresó de su visita habitual al taller junto al cementerio. Allí pasaba los mediodías en la compañía de sus ex compañeros hablando del trabajo, costumbre que adoptó después de su jubilación. Aunque ya había pasado casi una vida laborando al lado de los muertos como cantero de lápidas, la tertulia, a veces acompañada con consejos técnicos a los nuevos talladores, le aclaraba la mente y le daba aliento para soportar el sentimiento de soledad que dominaba su existencia cotidiana. Algunas veces terminaba la jornada con una visita a la tumba de Dorila, donde pasaba un ratito en comunión con el espíritu de su esposa. Tenía orgullo de la lápida que le talló. Su maestría de los cinceles y la bujarda de carburos se evidenciaban en la mano de obra. Ese talento le había garantizado un oficio seguro con un buen salario y beneficios de salud para su familia. Además, el taller quedaba tan cerca de su casa que, a pesar de tener una camioneta, siempre prefirió caminar. El paseo le servía para relajar los músculos después de un día entero de pie o de rodilla, cara a cara con la inflexible piedra que tallaba.

Esa tarde de viernes, al pasar el tramo odiado, no vio evidencia de Monsieur Miou Miou ni Petrona. No lo encontró extraño. Él sabía que sus vecinos solían viajar a la capital y dejaban a Miou Miou al cuidado de un familiar. Rosendo respiró con alivio y se dio el lujo de demorar el cruce a su puerta.

Después de la rutina de darle de comer a los Rottweilers y jugar con ellos un rato en el patio, los dejó para que retozaran a su gusto. Luego, como de costumbre, se sentó a tomarse su cerveza fría en frente de la televisión y, sin saber cuándo, se quedó dormido en la butaca.

Cuando despertó, el salón estaba oscuro. Prendió la luz y levantó la vista hacia las puertas francesas. A través de los cristales vio los cocuyos pintando arcos luminiscentes en la oscuridad. —Tremendo sueño eché —se dijo. De repente el

movimiento de dos bultos negros entró a su línea visual. —Boris y Bela cazando cocuyos —murmuró. Pero no. Estaban jugando con algo. Algo blanco y peludo. Rosendo sintió un escalofrío correrle por la espina dorsal. —¡No! Dios mío! —Se levantó corriendo. Tiró abiertas las puertas de cristales. Los Rottweilers quedaron inmóviles y lo miraron inocentemente. La figura blanca e inerte de Monsieur Miou Miou colgaba de la boca de Bela.

—¡Suéltalo! ¡Suéltalo! —gritó. La perra obedeció lloriqueando, confundida por el insólito enojo de su amo. Rosendo recogió el cuerpo flojo e inmóvil de Miou Miou. Inspeccionó el cadáver acunado en sus manos callosas. Los ojos estaban cerrados como si durmiera. La piel blanca manchada con fango le daba el aspecto de juguete relleno maltratado, pero sin rastro de sangre. — ¡Qué raro! —comentó. Entró, dejando a Boris y Bela perplejos afuera. —¿Qué hago? ¿Qué hago? —se preguntó, dándose palmadas en las sienes mientras paseaba el salón de un lado a otro en estado de pánico. Sin poder rescatar una respuesta racional de su mente alterada, corrió la cortina oscura y depositó al difunto Miou Miou sobre la lavadora de ropa. Se sentó en la butaca a pensar. Si Petrona se entera de que Boris y Bela asesinaron a su precioso Miou Miou, no cesará hasta verlo detrás de las barras de una cárcel y sus Rottweilers sometidos a la eutanasia por las autoridades.

De repente se acordó. —*¡El hueco!* —Su voz reverberó en la pequeña sala.

Rosendo sacó la linterna de la caja de herramientas y corrió hacia el patio. La casa de los Andersons permanecía oscura. Sintió alivio al saber que no habían regresado. Examinó la cerca. No demoró en encontrarlo. Como sospechó, el mismo hoyo que había rellenado hace unos días estaba hueco y más profundo. Dejó la linterna alumbrando la cavidad y buscó la pala. Con ansioso apuro, la relleno de nuevo.

Cuando regresó al salón, Rosendo fijó la vista en el pequeño cuerpo felino que se perdía en la blancura del esmalte de la lavadora. Una risa ahogada se le escapó al entender la ironía del gato sucio en un salón de belleza: como si el tan fino Monsieur

Miou Miou hubiera hecho una cita para embellecerse. De repente la risa se congeló en sus labios. Las sinapsis de su cerebro explotaron repitiendo la frase: *como si el tan fino Monsieur Miou Miou hubiera hecho una cita para embellecerse*. ¡Eso era! ¡La frase le regaló la salida del aprieto!

Mecánicamente echó el cuerpo flojo en la lavadora. Llenó los recipientes de detergente, suavizador y un poquito de lejía. Prendió la lavadora fijándola en la posición de ciclo suave por diez minutos. Mientras tanto, revisó el equipo de belleza de Dorila. Encontró la secadora portátil de mano y un cepillo blando. Cuando la máquina terminó de lavar, sacó a Miou Miou. Los ojos permanecían cerrados; la piel bañada había recobrado el color de la nieve pura. Rosendo se sentó en la butaca, tendió una toalla en el regazo y colocó el cadáver húmedo sobre ella. Con la secadora en una mano y el cepillo en la otra, recordaba la tarea que había observado a su esposa hacer por años. Secó y peinó a Miou Miou copiando la delicadeza y paciencia de una esteticista. Terminó con la espesa cola peluda. Rosendo apagó la secadora y examinó su trabajo con ojo crítico. La piel algodonosa de Miou Miou brillaba con salud. No quedaba rastro de la desventura. Rosendo se felicitó por el excelente trabajo. Ahora, para el toque final.

Con Miou Miou entre sus brazos, Rosendo abrió lentamente la puerta de la cocina y se asomó. La casa de los Andersons seguía oscura. Recorrió con la vista los alrededores. Silencio. En puntillas cruzó el tramo entre su casa y la de la vecina. La noche sin luna protegió su avance furtivo hacia el portal. Llegó a la puerta principal y suavemente depositó a Miou Miou en su camita real. Lo arregló delicadamente para que la cabecita reposara sobre las patas delanteras y enroscó la cola sobre las traseras. En contraste a cuando vivía, la fiera felina parecía un ángel de porcelana reposando en un sueño profundo. Rosendo exhaló un respiro de alivio y volvió a su casa.

Esa noche, Rosendo se desplomó en la butaca y tomó unas cuantas cervezas más de las acostumbradas. En algún momento en la noche el sueño lo alcanzó y la barbilla vino a descansar en su

pecho. Sus ronquidos se mezclaron con los de Bela y Boris, quienes dormían, como siempre, a sus pies.

Los golpes en la puerta lo despertaron. —¡Rosendo! ¡Rosendo! —La inimitable voz chillona de Petrona lo llamaba. Trató de levantarse pero no pudo. Sentía que el cuerpo le pesaba el doble de lo normal. Con un segundo esfuerzo logró equilibrarse sobre sus piernas temblorosas. Arrastrando los pies pudo llegar a la puerta. Los golpes persistieron desde el otro lado. Al abrir, la luz del día lo cegó.

—¿Qué te pasa, Rosendo? —Ofreció Petrona como saludo. Con esfuerzo Rosendo, levantó el parpado del ojo izquierdo y, a la misma vez, mantuvo el derecho cerrado. Guiñando de esa manera descubrió la cara de espantapájaros de Petrona. Ella lo examinó curiosamente.

—Tienes mala cara, Rosendo.

—¿En qué te puedo servir, Petrona? —Le contestó con voz ronca.

—Quería saber si por casualidad habrías visto algún extraño por aquí recientemente.

—Algún extraño? No. ¿Por qué?

— Porque hay un sádico desgraciado por ahí cometiendo crímenes horribles. —La cara de Petrona comenzaba a enrojecerse, evidencia de la rabia que empezaba a apoderarse de ella.

—No te entiendo.

— Bueno. Te conté que mi Monseur Miou Miou ya era un viejecito.

— Sí, muchas veces. — Rosendo notó el raro uso del verbo “ser”, pero, en su aturdimiento, no pudo descifrar por qué.

— Y que tenía el corazón muy delicado. — Rosendo abrió el ojo derecho. El sol brillante formaba un halo alrededor de la cabeza de su vecina dándole la apariencia de una criatura sobrenatural. O, quizás, pensó él, podían ser los efectos secundarios de su borrachera.

— Bueno, un hijo de p... —siguió Petrona, pero no terminó.

Ella nunca se rebajaba a decir groserías. —Un desgraciado... —La dragona comenzó a llorar. — Miou Miou murió el jueves de un ataque cardíaco. Stanley y yo lo enterramos en el patio. En un recipiente plástico. Un monstruo lo exhumó, lo limpió y me lo ha puesto como un muñequito en su camita en el portal. Dime tú, ¿qué clase de persona hace semejante salvajada? Rosendo despertó. Su fatigada mente trató de procesar la información.

—¿Cómo? ¿Monsieur Miou Miou murió del corazón?

— Sí. ¿No me oíste? — Rosendo sintió algo subiéndole por el esófago. Pensó que era un eructo. Pero al llegarle a la garganta explotó en un ataque de risa.

No podía controlar la convulsión que estremecía su cuerpo con cada carcajada. La pesadez de la borrachera desapareció instantáneamente. Petrona lo miró asustada y después con enojo.

— Pero ¿tú crees que esto es cuestión de risa? —lo amonestó.

Rosendo no pudo contestarle. Ni la oyó. Estaba poseído por los hilarantes espasmos que lo sacudían. Lo más prudente que se le ocurrió fue cerrar la puerta en la cara de su vecina. Se reclinó contra madera y se deslizó en el piso sin cesar de reír. Boris y Bela lo miraron confundidos. Rosendo se revolcaba por el piso contorsionado por las risotadas. Los Rottweilers creyeron que era un juego de su amo y acompañaron su risa con ladridos.

Desde afuera, Petrona oía las incesables carcajadas histéricas mezcladas con los aullidos de los Rottweilers y pensó en voz alta: —Lo sabía. Que tarde o temprano toda esa soledad y tomadera de cerveza le quemarían los sesos.

Copyright 2016. Joseph L. González